

La senda de 'la paz'

ANTONIO ELORZA

Carece de fundamento toda esperanza en que tenga lugar una condena de lo que ha supuesto ETA. Como mucho, tendremos un pésame

No solo el CIS. También los sondeos posteriores fallaron estrepitosamente y con ese fracaso se estrecharon los comentarios, como el mío, basados en sus previsiones. La competencia entre las formaciones nacionalistas contribuyó a incrementar el voto favorable a ambas, mientras no tuvo lugar la tradicional subida del voto constitucionalista en las elecciones al Parlamento español. Algo explicable en el caso del PSE, habida cuenta de la debilidad en todos los órdenes de la campaña de Rubalcaba, pero menos en el del PP, para nada empujado hacia arriba por el tirón de la victoria en el conjunto del Estado. Tampoco se confirmó la suposición de algunos sobre el ascenso solo transitorio del voto a la izquierda abertzale. Amaiur no obtuvo la suma de votos de Bildu y de Aralar, pero se confirmó como un rival consolidado del PNV en el campo nacionalista, logrando incluso el 'sorpasso' en el plano de la representación parlamentaria. De momento el equilibrio en zigzag entre abertzales y constitucionalistas se ha roto y Euskadi se presenta como una comunidad nacionalista, orientada hacia el soberanismo en cualquiera de sus variantes.

La nueva coyuntura política clarifica el panorama político, en ese sentido de configuración de una hegemonía abertzale dual. Pero por eso mismo, salvo en el caso de Amaiur, satisfecha, plantea problemas de difícil resolución para el resto de fuerzas políticas. El punto de partida es ya paradójico. La derrota de ETA en el terreno 'militar' determinó la exigencia de una rectificación, según la cual el aparato terrorista se vio obligado a ceder el protagonismo a su rama política, la izquierda abertzale, quien asumió la iniciativa, en espera de su legalización, a mayor o menor coste. Pero no hubo ruptura sino ejercicio de natación sincronizada, y a cada movimiento afortunado de la ex-Batasuna, sucedió un refrendo de su pareja política, con dos golpes maestros de propaganda al declarar el 'cese definitivo' de actividad y apuntar el desarme... de ser Euskadi desmilitarizada. De la gravedad de su situación de partida da idea el rechazo explícito ante ETA que proclamaba el ensayo de Sortu. Luego, gracias al TC -¿y a quien le movió?- no fueron necesarias más concesiones. Las imágenes se invirtieron. Los mismos que habían proporcionado el apoyo social y político a la pesadilla terrorista se convirtieron en los agentes de la paz. A los convencidos del nacionalismo ligado a ETA se unieron quienes aceptaron esa reconversión de los verdugos en pacificadores. Lo importante era «la paz» conseguida, olvidando cuál había sido el proceso que desde el Estado de derecho les obligó a renunciar al ejercicio del terror. De paso, el viraje representado por la rigurosa política anti-ETA del Gobierno de Patxi López nunca cuenta para la opinión nacionalista.

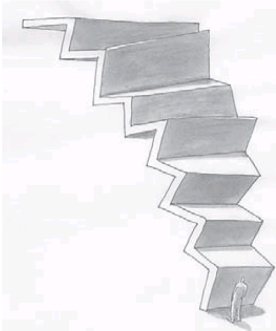
Así las cosas, carece de fundamento toda esperanza en que tenga lugar una condena de lo que ha

supuesto ETA. Como mucho, tendremos un pésame. La lucha patriótica de ETA es presentada en el relato de la izquierda abertzale, a modo de una entrega a la patria cuya generosidad se ve avalada por las recientes declaraciones. Sin ETA la aspiración a la hegemonía del radicalismo no hubiera podido existir. Y además ETA no está dispuesta a renunciar a su gloriosa ejecutoria, tal como queda reflejado en la expulsión de quienes pidan perdón a sus víctimas. Ahora, como ETA ha dejado de matar, toda responsabilidad penal debe ser borrada. «Presoak etxera», «presoak kalera», «independentzia»: consignas fruto de una victoria.

La inseguridad sembrada entre sus competidores políticos resulta lógica. El PP teme quedarse solo en un apoyo no rentable al Gobierno socialista. Para el PNV la sombra de Amaiur es cada vez más amenazadora, mientras los partidarios guipuzcoanos y alaveses de la causa común abertzale tienen que pensar, advierte un historiador nacionalista, que no hay razones para elegir la fotocopia de la independencia, cuando está delante el original. Y en el PSE puede prevalecer la impresión de que todos los esfuerzos realizados para la normalización del país han sido inútiles. Ocasión propicia para que Eguiguren vuelva a plantear el órdago a la grande.

La ventaja del político guipuzcoano reside en la simplicidad de sus propuestas, asentadas sobre las derrotas políticas del PSE. Nada a favor de corriente. Prescinde de la supervivencia de una mentalidad represiva ligada al pasado de terror, y cuyo alcance va más allá de que él pueda pasear por la Parte Vieja o recibir la bendición de unas señoras. Preguntas. ¿Cómo construir la democracia con quienes están satisfechos de un pasado criminal, con ETA aún sin desaparecer

actuante contra su disidencia interna (caso Idoia López Riaño)? ¿Para qué sentarse en una mesa política donde un participante va a aceptar únicamente aquel acuerdo que abra el camino para la independencia, por juzgar que «la paz» solo existe acompañada de su victoria? ¿Qué van los socialistas vascos a oponerles como posible alternativa política? Eguiguren debe saber que las condiciones en tal mesa serían hoy la liberación de los etarras presos, la integración de Navarra y una independencia más o menos disfrazada al modo del 'estatut de libre asociación' del plan Ibarretxe. ¿Qué márgenes existen para ampliar el Estatuto? ¿Qué solución digna puede inventar el PSE para el problema de los presos si no existe perspectiva de que rectifiquen y soliciten perdón? Claro que el Gobierno PSE puede unirse a los abertzales para plantar cara a un Gobierno de Madrid que no acepte la 'alternativa democrática' que Eguiguren asume, Currin incluido, en vez de mantener la firmeza de que todo cambio sustancial requiere contrapartidas (desarme en primer término). El PSE iría entonces camino de planear, como el alma de Garibay, a mitad de camino entre el cielo y el infierno, sin encontrar por ello la senda de 'la paz'.



:: JOSÉ IBARROLA